

Misioneras Hijas de la Sagrada Familia de Nazaret

2013  19
sexenio

XXI Capítulo General

sello de nuestra
estilo de nuestra
fuerza de nuestra

identidad
unidad
crecimiento

NAZARET
nuestra **consagración** **carisma** **comunidad** **misión**
Misioneras Hijas de la Sagrada Familia de Nazaret

documento

2013
CAPITULAR



XXI

Capítulo
General

cederse, porque sería abandonar la responsabilidad que tenemos confiada por carisma.

Sabemos por experiencia que la educación no es tarea fácil; por eso educar es tarea y a la vez es un verdadero arte capaz de personalizar el aprendizaje para cada alumno, que debe encontrar el equilibrio entre la disciplina y la libertad, entre la autonomía y la interdependencia.

La educación desde nuestro carisma de Misioneras de Nazaret ha de saber “**educar el corazón y la inteligencia**”, ha de ser expresión de vida familiar, de cercanía y confianza, debe favorecer la experiencia de fe y los compromisos que de ella se derivan en los alumnos y en la medida de lo posible en toda la comunidad educativa, para que sean capaces de asumir un compromiso de vida cristiana y una implicación directa en las grandes transformaciones que nuestra sociedad necesita.

Tenemos el enorme desafío de formar a las nuevas generaciones hoy para que mañana sean las responsables de la sociedad a la que pertenecen por esto es importante y urgente generar dentro del proceso educativo, en nuestros colegios -reconocidos como la mejor plataforma de evangelización- junto a las experiencias de fe, experiencias de contacto con el mundo del dolor, de la muerte, de todo tipo de injusticias que afectan al ser humano. Estamos convencidas de que nuestra aportación al mundo es formar una nueva conciencia que se oriente, tome decisiones y actúe desde criterios evangélicos, que, por serlo, son criterios humanos.

al presentar los documentos que emanan de todo lo aportado por las Delegaciones, lo que las capitulares en el encuentro pre-capitular de Curitiba trabajaron y lo reflexionado y trabajado en el XXI Capítulo General, nos ha parecido conveniente unir en un único documento cuanto hace referencia a lo que vertebra nuestra vida como Misioneras Hijas de la Sagrada Familia de Nazaret, es decir: **consagración-carisma, comunión, misión** y dentro de la misión, la participación de los laicos en el carisma.

EN EFECTO, NUESTRA CONSAGRACIÓN A DIOS EN NUESTRO CARISMA CONCRETO, el que nos legó nuestro Fundador, San José Manyanet, exige de nosotras junto al compromiso de los votos y la vida de comunidad, la urgencia de la misión en los campos de apostolado que ejercemos en nombre de la Iglesia como parte que somos de su misión.

Consagración-carisma, comunión y misión son nuestros irrenunciables, es el trípode donde se apoya la razón de ser de nuestra vida consagrada. De la fidelidad en vivirlo depende el gozo y la realización plena de cada una.

Hemos celebrado nuestro Capítulo dentro del año de la fe y en consonancia con la Nueva Evangelización que nos propone la Iglesia. Todo es signo.

Impulsadas por la acción del Espíritu colaboramos en la construcción y extensión del Reino de Dios entre los hombres” (Const. 63). “La Nueva Evangelización nos llama a vivir en estado permanente de conversión y a asumir el Evangelio como punto constante de referencia en nuestra vida y en sus opciones personales y comunitarias; sólo entonces la vida consagrada será verdaderamente un signo visible, legible y creíble para el hombre de hoy, y podrá testimoniar a Jesucristo a nuestros contemporáneos, que acogen a los maestros en la medida que son también testigos.

(cf. Evangelica Testificatio 14)

Esta llamada de la Nueva Evangelización responde a algo que los consagrados hemos escuchado con frecuencia en los últimos años:

la Vida religiosa debe ser significativa,(...) sin duda alguna la significatividad nos la dará el vivir la radicalidad evangélica y la centralidad en Cristo. ¡Sed siempre buscadores y testigos apasionados de Dios!

(Benedicto XVI)

Para nosotras, por lo tanto, es un momento que exige de todas y cada una la profundización en la vida de fe personal y comunitaria y la disponibilidad absoluta para la misión.

La globalización ha acelerado la expansión de una cultura dominante. Esta cultura ha proporcionado a muchos un amplio acceso a la información, un sentido acentuado del individuo y de la libertad para elegir, y la apertura a nuevas ideas y valores. Al mismo tiempo, esta cultura dominante se ha caracterizado por el subjetivismo, el relativismo moral, el hedonismo y el materialismo práctico, generando una visión errónea o superficial de Dios y del hombre. En muchas sociedades las personas se encuentran cada vez más solas y luchan por hallar sentido a sus vidas. Todo esto es para para nosotras un reto y una nueva oportunidad apostólica. En todas nuestras escuelas y obras apostólicas estamos llamadas a asumir un serio compromiso con la realidad y a ampliar espacios de diálogo y reflexión continuos sobre la relación entre fe y razón, cultura y moral, fe y sociedad, con objeto de dar a conocer el verdadero rostro del Señor a tantos jóvenes y familias para los que Éste permanece hoy oculto o irreconocible.

Por eso, necesitamos una sólida formación que responda a los deseos del Padre Fundador “*Unir las mejores dotes de buenas religiosas a las de excelentes maestras*”, hemos de discernir cuidadosamente cómo llevamos adelante nuestra labor educativa en esta cambiante cultura post-moderna y tenemos que caminar con la juventud, aprendiendo de su generosidad y de su compasión y ayudándoles a crecer desde la fragilidad y la fragmentación hacia una integración gozosa de sus vidas en Dios y al servicio de los demás.

Para llevar a cabo nuestra misión contamos con el Proyecto Educativo de Nazaret en Centros innovadores. Es importante implicar a las familias en el proceso de educación integral de los alumnos y promover la colaboración de los laicos. Es fundamental cuidar la formación en el carisma de los docentes que colaboran en nuestros centros educativos y obras apostólicas. Es un proyecto amplio y completo que propone a Jesucristo como modelo, un proyecto innovador capaz de generar un cambio sostenible en los centros educativos, que hace de la comunidad educativa una comunidad de aprendizaje, donde todos aprenden, un proyecto que acompaña a los alumnos para que sean protagonistas de su aprendizaje y puedan alcanzar su autonomía, capaces de cambiar el mundo que les rodea, un proyecto que reconoce las diferentes inteligencias de cada uno y que ayuda a fortalecerlas y desarrollarlas, un proyecto que educa desde la vida y para la vida.

Compartir la misión con los laicos es necesario, pero es fundamental saber distinguir entre “misión compartida” y “misión cedida”. La misión no puede

genere libertad y confianza y que pueda llevar a cabo procesos de acompañamiento. Una comunidad flexible que sepa adaptarse a las necesidades de vida y misión y que encuentre cómo mantener los irrenunciables.

Cada comunidad ha de saber encontrar los espacios y tiempos que ayuden a integrar a todos los miembros, ha de saber destacar lo bueno de cada una con verdad y sencillez, favorecer la posibilidad de compartir las experiencias de fe y de consagración como medios de crecimiento espiritual y de mayor fidelidad y no permitir nunca la crítica que no construye.

Misión

Ser Misioneras Hijas de la Sagrada Familia de Nazaret nos compromete, en nombre de la Iglesia y en comunión con ella, a trabajar en cualquier parte del mundo en su misión evangelizadora continuando la obra del Padre Manyanet dirigida a hacer presente el misterio de Nazaret en la sociedad y a la formación de familias cristianas a través de la educación. Atenderemos con particular interés a los más necesitados.

(Const. 65)

San José Manyanet fue un hombre que aprendió a mirar la realidad con los ojos de Dios. Profundo conocedor de la problemática de su época, se dejó “afectar” por ella y, lejos de paralizarse, decidió actuar. Así nacimos como instrumentos que, desde el misterio de Nazaret, educan el corazón y la inteligencia. A través de la misión educativa que realizamos, Dios sigue abriendo hoy caminos de encarnación, espacios de humanización y buena noticia en nuestro mundo, haciendo de cada hogar un Nazaret.

Que la palabra del Señor siga avanzando y sea glorificada” (2 Ts 3,1); que este Año de la Fe haga cada vez más fuerte la relación con Cristo, el Señor, pues sólo en Él tenemos la certeza para mirar el futuro y la garantía de un amor auténtico y duradero.

(Benedicto XVI. Porta Fidei 15)

Asumimos con responsabilidad, sencillez, creatividad y humildad el desafío de seguir fortaleciendo nuestra identidad como Misioneras Hijas de la Sagrada Familia de Nazaret y de anunciar que lo que hace significativa nuestra vida es nuestro testimonio de seguir a Jesucristo pobre, casto y obediente al estilo de Nazaret.

La reflexión y el trabajo realizado durante el Capítulo nos ayudaron a dar respuesta a las dos preguntas-reto planteadas a partir del análisis de la realidad de la Congregación y la reflexión pre-capítulo: ¿Cómo podríamos fortalecer nuestras comunidades, para que desde el discernimiento y la acogida de la diversidad, ayuden a las religiosas a crecer en identidad, fidelidad, sentido de pertenencia a la Congregación y faciliten la participación en la misión evangelizadora dentro de cada contexto? ¿Cómo organizar la vida comunitaria para que permanezca fiel en lo esencial e innegociable de la consagración y carisma y responda a la realidad de nuestro tiempo? Las respuestas a estas preguntas están recogidas en el presente documento e incluidas en las diferentes líneas de acción propuestas en el Proyecto de Congregación. En la medida en que las hagamos vida en nuestras comunidades, delegaciones y en general, en toda la Congregación, daremos respuesta al deseo de la Iglesia de hacer cada vez más significativa la vida religiosa en el siglo XXI.

De San José Manyanet, nuestro fundador, y de M. María Encarnación Colomina, cofundadora, recibimos el don del carisma, que hoy renovamos a la luz de nuestro XXI Capítulo General y que queremos vivir, custodiar y expandir. Por fidelidad a nuestro carisma nos comprometemos a dar una respuesta a las necesidades de la familia a través de la educación de los niños y jóvenes en nuestros colegios y obras apostólicas, que son los areópagos de nuestra misión evangelizadora.

Carisma

Nazaret significa y resume nuestro carisma, nuestro estilo peculiar de santificación y apostolado... Nazaret es vida interior, espíritu de familia ambientado en el silencio, sencillez, respeto y amor. Trabajando en colaboración gozosa de obediencia filial. Y sobre todo fidelidad a la ENCARNACIÓN, que asume todo lo que este misterio significa de limitación y grandeza...

(Const. 5)

Reanima tu fe, vuelve tu mirada a Nazaret, entra en esta santa morada, y en ella aprenderás la verdadera filosofía: escucha sus lecciones; aprovéchate de ellas.

(S. José Manyanet)

Nuestra vida religiosa ha recibido de San José Manyanet y M. M^a Encarnación Colomina un carisma y una espiritualidad propios que se expresan en nuestro nombre. Que Nazaret sea siempre, el sello de nuestra identidad.

(Const. 1-5)

El deseo que se manifiesta en la vida comunitaria actual de establecer relaciones de calidad, sólo puede ser alcanzado a partir de una visión de fe y no únicamente con criterios de convivencia humana. Ante todo hay que reconocer que la vida comunitaria es un don de Dios que hay que renovar con la oración. Esta convicción y la necesaria madurez humana permite relaciones ricas de fraternidad y amistad, caracterizada por la capacidad de diálogo, la estima mutua y la ayuda recíproca; permite al mismo tiempo, afrontar y resolver juntas, y con verdadero espíritu evangélico, posibles conflictos y tensiones. Vivida de esta manera, la vida misma de la comunidad, unida en Cristo y abierta a las necesidades de los tiempos, es formadora.

(P. José Miguel Núñez, SDB)

En un mundo confundido, dividido e individualista, la vivencia de la comunión y de la fraternidad, será hoy, sin duda, una profecía significativa y creíble. Para ello se requiere vivir la radicalidad evangélica, fortalecer la vida fraterna y apostar por unas comunidades abiertas y plurales, con competencia espiritual, discernidoras a la escucha de Dios, comunidades sencillas y acogedoras, misioneras-evangelizadoras y formadoras. Comunidades que sean innovadoras y responsables del crecimiento de todas, comunidades que valoren y acepten con respeto y humildad los carismas individuales del Espíritu en cada una de las hermanas. *“Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo”* (1 Cor 12,4).

Es necesario que la comunidad sea discernidora desde la perspectiva evangélica, que sea una comunidad dialogante capaz de acoger a cada miembro, que

obediencia nos ayuda a buscar a Dios de forma espontánea y al ejercicio práctico de las virtudes que la acompañan: la paciencia, la disponibilidad, la libertad y el diálogo. La obediencia tiene su máxima expresión en la vida comunitaria, cuando la centralidad en Jesucristo se transforma en vida fraterna corresponsable y comprometida en la misión evangelizadora.

Una llamada de la Iglesia y de nuestro mundo -acorde con la dimensión antropológica de las religiosas que conformamos la vida consagrada- lleva a desear una superiora, una comunidad, una congregación capaces de construir y resolver todas las situaciones desde un proyecto común, donde las hermanas participen con libertad y responsabilidad en el discernimiento comunitario y en la configuración de los nuevos horizontes con los que queremos hacer crecer la vida consagrada, la Congregación y sus obras apostólicas. La formación de las superiores, que se da en primer lugar en la comunidad en la que vive con sus hermanas, es una exigencia para que esta pueda llevar a cabo tanto el servicio de acompañamiento y animación espiritual, fraterno y misionero de las religiosas, como para que sepa potenciar todas las capacidades de las hermanas y pueda propiciar el ejercicio del discernimiento y la toma de decisiones continuos.

Comunión fraterna

Una de las grandes riquezas de la vida religiosa es la comunidad por ser esta una realidad teológica.

¡Sed siempre buscadores y testigos apasionados de Dios! La renovación profunda de la vida consagrada parte de la centralidad de la Palabra de Dios, y más concretamente del Evangelio... la firme voluntad de vivir el mensaje de Cristo y de configurar la propia vida a éste, ha sido y sigue siendo el criterio fundamental del discernimiento vocacional y de vuestro discernimiento personal y comunitario.

(Benedicto XVI a las superiores generales,
26/11/10)

La “novedad” de la Congregación siempre nos vendrá de la novedad del Evangelio y del carisma fundacional. En este XXI Capítulo General confirmamos el deseo de ser una Congregación identificada con el carisma del Padre Manyanet, una Congregación contemplativa en la acción, que alimenta en Nazaret su espiritualidad, implicada en la misión apostólica y consciente de la responsabilidad de hacer efectiva su expansión y de darle vitalidad y continuidad. Somos sal y levadura que ha de transformar el mundo desde el gozo de ser de Nazaret que *“significa y resume nuestro carisma, nuestro estilo peculiar de santificación y apostolado, y define nuestra identidad, unidad y continuidad”* (Const. 5).

Por su valor es esencial saber cómo fortalecer el Carisma y encarnarlo en todas y en cada una, cómo conseguir que se mantenga en el tiempo y cómo hacer que sea el motor que dinamice toda nuestra vida.

Los grandes valores se expresan también en actitudes y gestos sencillos en la vida comunitaria y misionera. Algunos gestos que transparentan la vivencia del carisma son la fidelidad en las cosas pequeñas junto a la responsabilidad en la oración, el cultivo de la vida espiritual y la entrega a la misión. A su vez, son rasgos característicos que manifiestan la vivencia del carisma: la alegría, el sentido del humor, vivir el gozo de saberse consagradas, el conocimiento, valoración y aprecio por la Congregación y el hablar siempre bien las unas de las otras.

Cuando vivimos con fidelidad y gozo nuestro carisma desde la cercanía, el afecto y la entrega tanto en la comunidad como en la misión, es cuando los niños, los jóvenes y las familias nos pueden reconocer como significativas. Vivir así requiere además del conocimiento y la profundización en el carisma, apertura para leer los signos de los tiempos y una profunda confianza en Dios y en las hermanas, para saber afrontar los conflictos y poder mantener siempre la verdadera libertad de espíritu.

Porque nos reconocemos frágiles es que necesitamos de una constante conversión personal y comunitaria que nos ha de llevar a fortalecer la vida de oración, a integrar trabajo y contemplación, a ser más humanas a la vez que más espirituales, más solidarias y más fraternas.

La comunidad es imprescindible en todo este proceso de conversión porque es la que nos ayudará a renovar cada día nuestra entrega, a mantener el encuentro con Jesucristo y a vivir en profundidad y con gozo nuestro ser de consagradas.

Las necesidades de nuestro tiempo referentes a la educación y a las familias nos abren nuevas oportunidades para la expansión del carisma. En todas las épocas de la historia la vida religiosa ha tenido una palabra que decir al mundo, hoy esta palabra es sobre todo el testimonio. Vivir nuestro carisma en la Iglesia y para el mundo es para nosotras a la vez don y tarea.

Consagración y votos

Nuestra consagración en Nazaret nos exige la experiencia de Jesucristo como el centro de nuestra vida. La vivencia gozosa y comprometida de los votos que nos consagra totalmente a Dios en nuestro carisma específico, responde a las necesidades de crecimiento de la persona, nos abre caminos de libertad y nos hace más disponibles para la misión.

Somos conscientes de que compartimos las luces y sombras del mundo actual y asumimos esta realidad como parte de nuestra vida. Reconocemos en nuestra Congregación los dinamismos que animan la consagración-comunión-misión y nos sabemos comprometidas a continuar la misión evangelizadora de Jesucristo en nuestro mundo actual.

La vida consagrada, enraizada profundamente en los ejemplos y enseñanzas de Cristo el Señor, es un don de Dios Padre a su Iglesia por medio del Espíritu. Con la profesión de los consejos evangélicos los rasgos característicos de Jesús — virgen, pobre y obediente— tienen una típica y permanente «visibilidad» en medio del mundo, y la mirada de los fieles es atraída hacia el misterio del Reino de Dios que ya actúa en la historia, pero espera su plena realización en el cielo.

(Exhortación Apostólica post sinodal,
Vida Consagrada, nº 1)

La pobreza también hoy es una llamada a abrir nuevos caminos como plataformas de misión que, por la renuncia que supone, nos hará avanzar en libertad, confianza en Dios y en capacidad de ser flexibles. Esto nos pide anclarnos en lo fundamental, mantener la ascética en lo cotidiano y la docilidad para vivir con los “ojos fijos en Jesús”. Todo este dinamismo teológico y cristológico nos lleva a ser signo de esperanza y de la gratuidad, la alegría y la gratitud que nos otorga sabernos poseedoras del mayor Tesoro.

Obediencia

A imitación de Jesús, María y José, cuya vida fue una constante adhesión al Padre, nosotras queremos vivir en actitud de total docilidad a su voluntad amorosa y acogerla filialmente como único criterio de vida.

(Const. 27)

Se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

(Flp 2,7)

El voto de obediencia, desde la opción fundamental de imitar a Cristo, nos pone en una disposición de apertura y disponibilidad para responder a la Voluntad de Dios. La fe y confianza en Dios, la atención, la escucha y el discernimiento son las actitudes específicas que posibilitan la efectividad del voto de obediencia. El convencimiento de que estos son instrumentos básicos para el ejercicio de la

La pobreza sólo encuentra su sentido si se contextualiza y no se la aísla del centro que ha movido toda la vida y la predicación de Jesús: el anuncio de la irrupción del Reino de Dios, la revelación de que, en Cristo Jesús, Dios visita a su pueblo. La primacía del Reino, que es primacía de Cristo y de su seguimiento, relativiza todas las relaciones humanas y ordena la relación con ellas. La primacía del Reino –trasciende- drásticamente las riquezas: Jesús pone en guardia ante ellas porque pueden posesionarse del corazón y erigirse en ídolos, llegando a reemplazar a Dios y deshumanizar al hombre.

(Enzo Bianchi)

En nuestro mundo, por una parte, azotado por la crisis económica mientras por otra parte, hace alarde de la sobreabundancia de cosas y la polarización por la tecnología, la preponderancia del poder y el bienestar superfluo del tener y consumir, urge nuestra presencia como referente vivo de Jesucristo que nos exige situarnos desde nuestros Centros educativos y obras apostólicas como quien escucha las voces de millones de personas que carecen de los mínimos para vivir con dignidad y claman justicia.

Hoy no basta con el desapego a lo que se posee, con la reducción de las quejas y las ingratitudes cotidianas; hoy son necesarios el desasimiento de nosotras mismas, el trabajo bien hecho y la entrega continua a tiempo y a destiempo en la misión para que sean evidencia de nuestro voto de pobreza. Es importante revitalizar y hacer transparentes los signos de austeridad, la revisión constante, el discernimiento y la toma de decisiones con respecto al uso y disposición de los bienes a nivel personal, comunitario y congregacional. Porque nos ayudan a vivir el voto de pobreza, todo ello debe reflejarse en nuestros proyectos personales y comunitarios.

De todo ello nace la certeza y el convencimiento de que Dios es el que nos llama y nosotras, al aceptar la invitación, nos hacemos responsables de custodiar, hacer crecer y vivir con gozo nuestra consagración. El Espíritu es quien alimenta constantemente en cada una el deseo de configurarse con Jesucristo porque la respuesta es personal. **El Evangelio es una llamada constante a vivir con radicalidad nuestra opción.** La vivencia de la centralidad de Cristo en nuestras vidas es garantía de fidelidad y somos conscientes de que es un proceso que no acaba nunca. El agradecimiento, la admiración y la sorpresa cotidiana por nuestra vocación nos ayudan a responder a ella con alegría. Porque, al igual que todo lo valioso, nuestra vocación es frágil es fundamental la alerta constante, ya que es vital el cuidado de la propia vocación y, de alguna manera, también el cuidado de la de las hermanas.

La experiencia de la Iglesia y la de las religiosas que nos han precedido nos confirman que hay elementos que nos fortalecen y se convierten en indicadores claros e insustituibles de nuestro compromiso personal como mujeres consagradas. Son fundamentales: la conversión personal continua, la escucha atenta de la Palabra de Dios, el cuidado de la oración personal y de la vida sacramental, los retiros mensuales, los ejercicios espirituales, la formación permanente, entre otros. Todos ellos los encontramos explícitos **como normas de vida en nuestras Constituciones**, como medios concretos y adecuados para mantener y acrecentar la fidelidad a nuestra consagración.

Ser signo de esperanza, de misericordia, de acogida, escucha y alegría, de compasión, de fraternidad es fruto de una vida religiosa vivida a fondo. El hecho de que muchas de estas características estén presentes en la juventud actual, en algunos por cultura y en otros por añoranza, ya que carecen de ellos aunque les son objeto de búsqueda, muchas veces inconsciente, es una realidad que nos indica que la vocación religiosa es también para la juventud actual. **Es para nosotras un imperativo ofrecer un testimonio convincente del gozo que nace de vivir con fidelidad nuestra consagración.**

No olvidemos que la vida consagrada es para estar en el mundo *“No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del Mal”* (Cf. Juan 17) le pidió Jesús al Padre en su oración sacerdotal, por esto es en el contexto actual que debemos vivir la consagración teniendo claro que la llamada es de Dios y que **la vocación a vivir el espíritu de Nazaret es válida en cualquier sociedad y circunstancia en las que nos toque vivir.**

La consagración que se concreta en la profesión de los votos para seguir más de cerca a Jesucristo casto, pobre y obediente es un camino de sublimación y es signo insustituible de “un estilo distinto y nuevo” para este mundo. Los votos constituyen la fuente de todos los irrenunciables inherentes a nuestra opción de vida.

Desde la vivencia de los tres votos decimos al mundo que es posible amar a todos con libertad, que hay valores trascendentes por encima del poseer que generan esperanza y que la obediencia es fuente de libertad y crecimiento.

Castidad

La castidad vivida gozosamente nos predispone a una mayor intimidad con Dios, aumenta nuestra capacidad de entrega a los hermanos y favorece la propia madurez dentro de una relaciones interpersonales profundas.

(Const. 17)

Entregar a Cristo la totalidad de nuestra persona y manifestar a través de las expresiones cotidianas de nuestro amor cómo recorremos ese camino de entrega es vital para mantenernos con un corazón indiviso en la búsqueda de Dios. Porque la persona es una, el encuentro con Dios, el encuentro de cada una consigo misma, el encuentro con la comunidad y el encuentro con todos los que entran en contacto con nosotras son los elementos que se alimentan y sostienen mutuamente en la vivencia de la castidad.

El Evangelio es la brújula que nos orienta y nos ofrece criterios para comprobar si Jesucristo es el centro de nuestra vida y verificar la coherencia con la que vi-

vimos el voto de castidad. El Evangelio nos permite discernir la calidad de las relaciones tanto las que edifican la vida ordinaria de la comunidad como las que potencian nuestra facultad de acoger, orientar y de saber ver a Cristo necesitado en los que nos encontramos cotidianamente en la misión.

La capacidad de amar sin límites, que es fruto del voto de castidad, se constituye como un signo único de la llamada a la trascendencia de todo ser humano, es una palabra dada para siempre a Dios que se transparenta en la riqueza de la vida comunitaria y en la escucha y acogida al otro en un mundo individualista en el que el servicio y la gratuidad son poco frecuentes.

Pobreza

Por la pobreza religiosa escogemos el camino radical de las Bienaventuranzas... Elegir libremente vivir en pobreza con un total desprendimiento quiere significar la primacía de los bienes sobrenaturales y manifestar la fraternidad de los hijos de Dios.

(Const. 20)

El fundamento cristológico de la pobreza es que “Jesucristo, siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza” (2Cor 8,9). Cristo, pobre “que no tiene donde reclinar su cabeza” se entrega al Padre y su donación y amor “hasta el extremo”, hasta la muerte en cruz, es una llamada constante a vivir despojadas y desinstaladas, nos hace capaces de una entrega sin reservas con el gozo de haber encontrado el tesoro, la perla preciosa y nos ayuda a salir de nosotras mismas con la certeza de que nuestra vida está escondida en Dios y a Él pertenece.